

El ciego como espectador

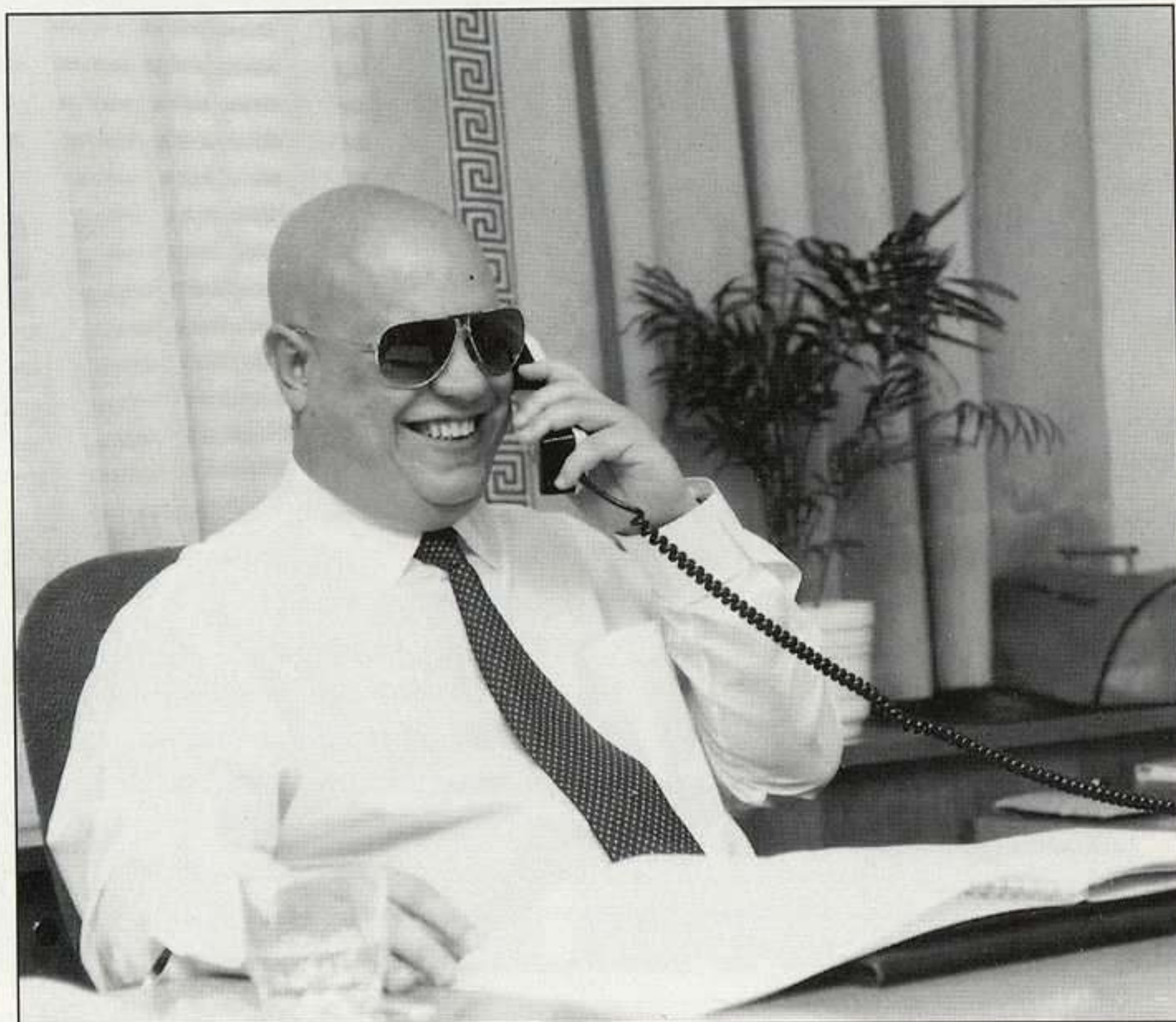
Por Felipe Ponce Rodríguez

Director de Cultura de la ONCE

En nuestros días, cuando vemos a un ciego sentándose en la sala de un cinematógrafo, ante un escenario de teatro, o frente a la pantalla de un televisor, no podemos pensar que asistimos tan sólo a un acto de participación cotidiana en la actividad social o en el consumo cultural que, optimistamente, podemos entender como imprescindibles para la civilización y para el hombre. Esta imagen de los deficientes visuales zambulléndose en el flujo de la vida común, pertenece más bien al mundo del rito, de la pugna siempre repetida, del esfuerzo ininterrumpido por acceder al tejido substantivo de la Cultura, es decir, por llegar a alcanzar la suficiente dosis de información sobre la realidad como para poder interpretarla, usufructuarla y establecer canales de comunicación normalizados.

Con frecuencia, nadie se para a pensar en que para el ciego el mundo extraindividual llega secuenciado informativamente, es más, la limitación total o parcial de la vista propende, inexorablemente, a utilizar canales receptivos que son secundarios para los que ven, lo cual obliga por una parte a una especialización interpretativa, por otra, a habilitar nuevos instrumentos o canales auxiliares, que ayuden a completar la parcialidad del conocimiento recibido. De esta manera, podemos entender que en primer término, los ciegos se ven obligados a traducir interpretativamente lo que acaece ante sí, buscando obtener un producto cognoscitivo y expresivo lo más aproximado posible a las mentefacturas que pueden ser calificadas de usuales en nuestro mundo, pero además, y ante el hecho artístico, la traducción se hace doble: una realidad entre las realidades, una ficción entre todas las ficciones, una obra de arte a comprender, a completar informativamente entre todos los espectáculos que el ingenio humano puede crear. Es una especie de corolario del esfuerzo intelectual del hombre, que, de manera paralela a la situación de nuestra especie ante la Naturaleza, intenta suplir con trabajo y con herramientas de todo tipo, lo limitado o tal vez deficiente de nuestra confección, siempre ansiosa de superarse a partir de lo defectuoso del diseño.

El ciego como espectador es un individuo indudablemente especial. Por una parte, requiere de complementos añadidos no usados por el resto de los colectivos consumidores de arte, por otro lado, su especialización en otras vías de conocimiento, su capacidad traductora, sus notables dotes de creatividad que le permiten llenar huecos de la realidad faltos de datos para él, hacen de este público unos excelentes consumidores de arte en cualquier manifestación accesible, a la par que dan lugar a figuras de críticos concienzudos y originales que basan sus opiniones, además de en lo comúnmente visto, en aspectos no bien percibidos para el resto, o subyacentes y por tanto ocultos para la mayoría. La sensibilidad, las sensaciones percibidas y producidas son notablemente diferentes a las de cualquier público del mundo: para el ciego, por ejem-



Felipe Ponce, Director de Cultura de la ONCE.

plo, el personaje no es un actor, una gesticulación, una expresión facial, un vestuario y un texto, es únicamente una voz, algunos ruidos y un discurso, si a esto le añadimos la información suplementaria que actualmente puede proporcionar la audiodescripción y alguna pequeña información más, obtenemos resultantes comunicables, opinables en lo intelectual, pero de ninguna manera puede hablarse de identidad en los sentimientos proyectados y obtenidos y mucho menos de igualdad en lo que podríamos llamar la veta fina del Arte, del artista y del espectador comprometido.

Cabría preguntarnos ahora, sobre cuál es el significado auténtico de que esta minoría de la población acuda al cine, vaya al teatro o asista a conciertos. Tal vez, la respuesta no pueda cifrarse únicamente en que los bloques sociales, los colectivos, necesitan permanentemente para autovalorarse un cierto sentimiento de evolución cultural. Acaso tampoco sea explicación suficiente el que la normalización para los disminuidos deba ser una obligación de la sociedad, que si bien nunca concluirá, debe contar con realizaciones que impidan afirmar, como ya está ocurriendo, que estos procesos no son otra cosa que la utilización del "texto como pretexto", por parte de aquellos que viven holgadamente y peroran sin fin sobre estos temas, sin saber, sin querer o sin poder, pasar de lo teórico de las palabras y de las ideas, a lo práctico de la vida y de sus necesidades. Probablemente lo que está más próximo a la verdad social y cultural de nuestro tiempo, es la idea de que cada vez existen más ciudadanos y más instituciones que creen firmemente en que la integración de los minusválidos, de los ciegos en este caso, es absolutamente imprescindible, si no queremos que desde el fondo de la sociedad y de los proyectos históricos de la humanidad, siga levantándose un chirrido demasiado estridente, demasiado cruel, como para que nuestras conciencias puedan acallararlo u olvidarse. La integración no debe de ser un concepto vacío, debe ser una realidad múltiple y reconfortante, que haga posible no sólo que los deficientes visuales sean espectadores de la vida y del arte, sino también que las realidades artísticas como cuerpos y almas vivos, y que el mundo en general como conjunto aglutinador de la mismidad de todos, bajen al patio de butacas y entiendan que éstos y otros espectadores, hasta ahora semiolvidados, tienen pleno derecho a su asiento.

Madrid, 2 de febrero de 1994